

La magia de la marcha solitaria

Como tantos y tantas, practico senderismo. A veces me cruzo con gente, van por dos o en grupitos. Yo, camino sola. La gente se extraña. Unos me dicen: “ ¡No sabes lo que te juegas!” y otros, apiadándose de mi soledad: ¡No sabes lo que te pierdes!

Yo los tranquilizo. No soy ni imprudente ni frustrada. Los dieciocho carnés de campo donde acumulo recetas prácticas e instantes mágicos lo avalan... ¿Pero cómo explicaros mi pasión por la marcha solitaria?

No tengo teorías sobre el tema, tan sólo evidencias. Para mí, la marcha solitaria es lo que más se parece a la felicidad. Como toda felicidad, ésta es el fruto de una larga preparación. En la montaña ocurre como en las posadas de antaño : se encuentra lo que cada cual saca del zurrón. Un buen material no basta para conseguir tal felicidad pero es como la alfombrilla mágica que le permite a una salir volando.

Como toda felicidad, ha de ser conquistada. Mis rodillas no pueden más de frenar en la bajada abrupta, la niebla borra espacio y tiempo y a mí con ellos, la nieve me aguijonea... No hay duda: no se vive todo esto de la misma forma cuando una va sola. Con otra persona, nos sentimos más fuertes, aunque esta impresión de seguridad sólo exista en nuestra imaginación.

Cuando estoy sola, reconozco mi medida exacta frente a la inmensa naturaleza a sabiendas de que en los momentos difíciles no soy más que una hormiga, una hoja, una brizna de hierba. Pero misteriosamente, esta humildad forzada va a transformarse en una gran paz. Como si algo se decantara en el fondo de mí misma. El cansancio se disuelve, el sol vuelve a salir, se instala una paz casi física.

Lo mismo puedo decir de los buenos momentos: la suavidad del crepúsculo, el frescor de las mañanas y las largas paradas al borde de los torrentes los vivo de forma especial. La angustia y la agresividad se esfuman.

La única condición para esto es el silencio y por tanto, la soledad. El auténtico silencio no se da en un grupo ni siquiera entre dos personas que no hablan. Porque aquello que no dicen sigue “dialogando” en sus mentes. Nunca conocerán la felicidad a la que me refiero.

Cuando camino sola, la montaña se vuelve cercana. La gente que vive en los pueblos se acerca también a mí. Pongamos que llega un grupo de montañeros a un minúsculo pueblo perdido. Por discretos que sean, siempre son invasores. Cuando se trata de dos montañeros, no ocurre nada. Siempre vuelven a su burbuja en la que van inmersos... Pero con una caminante solitaria que llega a un pueblo después de varios días de vagabundeo, se establece un contacto muy especial. Quizás porque tenga hambre, o más profundamente, porque está sola. Para los habitantes de estos pueblos aislados, la soledad es sinónimo de exclusión, de carencia. Por ello, por ir sola, las mujeres y los hombres con los que me encuentro me hacen las confianzas más íntimas. En mis carnés de marcha duermen historias más emocionantes que todas las que se escriben. Tienen de todo: la trama, el desenlace, los paisajes y los personajes. Y como todo secreto, sólo se cuentan a una persona a la vez. Es para mí un privilegio el que me hacen, una forma de felicidad más misteriosa aún. Por eso camino sola.

Y puesto que se hace camino al andar, ¿por qué no echáis a andar para experimentar la magia de la marcha solitaria?

Françoise Jaussaud,

(Diálogos con una montañera feliz, Eds L'iroli)